

ACCIÓN CATÓLICA

SUPLEMENTO DE LA HOJA PARROQUIAL

Ante el misterio de la Asunción de María a los Cielos

Por JUAN BTA. SERRAT FARRÉS, Pbro.

Al igual que en el siglo pasado recibiera el Papa Pío IX las súplicas ardientes del mundo cristiano en demanda de la definición dogmática del Misterio de la INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA, MADRE DE DIOS, así ahora en nuestros días con insistente clamor llega al Papa Pío XII felizmente reinante, la petición para que sea definida como Dogma de Fe la ASUNCIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN A LOS CIELOS.

Desde siglos es ésta la creencia de los fieles hijos de María, pero el amor a nuestra santísima Madre estimula nuestro deseo de que sea declarado dogma el prodigio de su Asunción gloriosa, magnífico epílogo de una vida santísima que empezó con el de su Inmaculada Concepción.

Ante la posible definición de esta verdad bueno es que nos fijemos que son tres los elementos que integran este misterio de la Asunción de María.

Su muerte.

Su resurrección inmediata.

Su glorificación en el Cielo.

Misterio es la muerte de María ya que la muerte es consecuencia del pecado original y la Virgen fue preservada del mismo, por eso no debía morir, pero murió y ello para imitar a su divino Hijo que, sin deber, quiso morir por nuestra salvación. Bellamente la tradición cristiana ha celebrado desde los primeros siglos la muerte de María, pero no la llamó muerte sino "DORMICIÓN DE MARÍA", palabra exacta que expresa fielmente la idea de dormirse a esta vida para entrar en la eterna. Fue la muerte de María sin enfermedad, sin decrepitud ni sufrimientos físicos, una muerte que podemos llamar "VIRGINAL", sin mezcla de corrupción, una "muerte de amor" producida por el deseo de ver a Dios, de hallarse nuevamente con su amantísimo Hijo; ese deseo, esa aspiración, ese amor rompieron todos los lazos que la retenían en esta tierra. Durmióse la Virgen.

La resurrección

Tan pronto quedó cumplido aquel éxtasis de amor, que llamamos muerte de María, su alma santísima volvió a unirse a su cuerpo virginal. También en esto imitó a su divino Hijo que resucitó glorioso al tercer día de su muerte para nunca más morir. La resurrección era debida a la carne santísima de María que había sido escogida por Dios para darla al Verbo. Jesús viniendo a ella tomó posesión de aquel cuerpo, lo consagró y por decirlo de alguna manera, lo hizo suyo tomando en él su vida humana, su sangre y su propia carne. Aquel cuerpo vino a ser propiedad de Cristo y al resucitar dió a la carne de que él había participado el derecho a la inmediata resurrección.

La fe pues en la Asunción de María no se apoya sólo en antiguas tradiciones, sino en rigurosos razonamientos teológicos. Hay una relación íntima entre la santidad sobreeminente de María su título de Madre de Dios, su Inmaculada Concepción, su preservación de la más pequeña culpa y el privilegio de la unión inmediata de su alma con su cuerpo, de su resurrección y Asunción.

La glorificación de María en el Cielo

¡Imposible imaginarnos lo que sea la glorificación de María en el Cielo!

Frecuentemente los artistas nos transportan a la celeste morada poniendo ante nuestros admirados ojos el último episodio de la vida de María, el de su coronación como Reina y Señora de cielos y tierra.

¿Quién no conoce el cuadro del Louvre en que Fra Angélico nos presenta a María coronada por su Hijo entre coros de vírgenes, de santos y de mártires vestidos todos de celestes colores?

(Continúa en la pag. 10)

El Movimiento Obrero Católico

EL Catolicismo mundial tiene todavía una carta importantísima que jugar, cuya trascendencia no es necesario destacar una vez más, por ser plenamente manifiesta: es la de los movimientos obreros católicos.

Limitando la cuestión al ámbito nacional podemos observar, cómo durante la época de anteguerra en que los obreros eran objeto de una tenaz campaña de captación por parte de los movimientos obreros marxistas, no hubo un frente católico de la misma índole que, en su propio terreno, fuera el dique macizo que contuviera el flujo de aquellas fuerzas; la consecuencia más o menos directa de lo señalado está en la memoria de todos.

La Historia, sin embargo, es maestra de la vida y es de necios desdeñar sus enseñanzas. La Acción Católica ha visto la trascendencia de los movimientos obreros, por eso dentro de sus cuadros especializados, los obreros debían representar un factor trascendental.

Esto es lo que realiza la H. O. A. C. de reciente formación en nuestra ciudad, y ésta es su finalidad: llegar a encuadrar, organizados jerárquicamente, en sus filas a todos los obreros católicos para llegar a la recristianización y dignificación espiritual del mundo del trabajo.

Insuficiente es el espacio para exponer las excelencias de la H. O. A. C., más el mejor elogio que de ella puede hacerse es éste: de formación reciente ha encontrado ya enemigos que de manera encubierta quieren eliminarla, lo cual indica que sus enemigos vengan de donde vengan, han sido los primeros en calibrar con exactitud la trascendencia de la obra que se ha emprendido. Para quien quiera conocerla más a fondo, tiene ahora una ocasión magnífica para ello; el día 20, sábado, y el domingo día 21 de este mes, se celebrarán en nuestra ciudad unos cursillos destinados a tratar de temas importantes en extremo de orden social.